

La Sombra del Humo en el Espejo, de AUGUSTO D'HALMAR

Editorial Nascimento, 1959

¿RESULTA, en verdad, justo o correcto, moral, delicado, piadoso o cortés, eludir toda mención a la escabrosa cruz de su vida sexual y sentimental?

En algunos comentaristas se advierte un desasosegado silencio; otros manifiestan indignación; unos pocos, los más agudos, sobrevuelan tolerante, comprensivamente, llenos de perdón o generosa inteligencia, las ásperas aristas del terreno. Y hay quienes, en fin, sensibles al mismo "pathos", lo abordan casi sin velos, apoyándose inclusive en la impunidad de las confesiones de Mauricio Sechs, Jean Genet, André Gide —entre los más célebres universalmente— o transitando el camino nacional desbrozado por... por raras flores de nuestra intelectualidad.

(En la revista mexicana "El libro y el pueblo" (Nº 29, 1957), Alone escribió un extenso ensayo acerca de D'Halmar. Luego de referirse a la irregularidad convencional de su nacimiento, el desprecio que el niño sufrió de parientes seudoaristócratas y al fracaso en los estudios, afirma: "Estas circunstancias, unidas a un temperamento sensible y una viva imaginación, bastarían para crearle a cualquiera complejos de resentimiento y amargura. Y todavía hay más, aún debe anotarse otro factor más hondo, causa de muchos desequilibrios, elemento de perturbación que a veces lleva al extravío y arraiga en la constitución biológica: un concepto antisocial del amor, el inconformismo erótico sujeto a leyes contrarias a las establecidas y que ponen a quien las cumple fuera de la ley.")

La vida privada de un artista, no aquélla de los detalles menudos, sino la constituida por las características esenciales, rara vez resulta efectivamente privada. De alguna manera, ella —y las respectivas concepciones de las cosas y los hombres— aflora total o parcial, abierta o subrepticiamente en sus obras.

Augusto D'Halmar (1882-1950) fue un artista, y, a pesar de los extremos estetizantes que parecieron definirlo, sobre pasando al respecto todo cuanto se conocía en Chile hasta entonces, hay en su literatura una incorporación muchas veces indisimulada de su hondo desequilibrio, de su dolorida vida íntima y hasta de quemantes hechos reconocidamente autobiográficos.

¿Se puede, entonces, en trance de caracterizar su obra, pasar por alto aquellos aportes originados en uno de los rasgos más genuinos de su personali-

dad? ¿En virtud de qué principios es necesario enmudecer frente al decisivo y elocuente borbotar en su producción de tan conmovedoras perturbaciones?

D'Halmar no fue hombre de una sola pieza. Su vida, obra e ideología están atravesadas por el contraste, la lacerada extraversión de sus sufrimientos y los gestos insinceros de un gran "poseur". Aristocratizante en todo y de todo, refinado esteticista, fue, sin embargo, creador de "Juana Lucero", pionero de "Lo que no ha dicho sobre la actual revolución española" y cronista de las inhumanas condiciones de vida y trabajo de los obreros pamplinos. Innumerables veces entregó también su presencia y palabra a diversas manifestaciones del movimiento popular chileno.

De allí que, pese a lo mucho y muy valioso que se ha escrito sobre él ("Memorias de un tolstoyano", de Santiván, por ejemplo), aún falta el estudio que logre dilucidar la génesis y desarrollo de las diferentes posiciones que mostró frente a la vida, frente a la realidad nacional, frente a sí mismo, a sus propias inquietudes y a las proyecciones de éstas en la obra literaria.

Por ejemplo, tres libros, a lo menos, ofrecen de común la espinuda problemática de sus desviaciones y frustraciones naturales: "La pasión y muerte del Cura Deusto" (1924), "Gatita" (1935) y "La sombra del humo en el espejo" (1924), recién vuelto a editar por Nascimento. En los tres actúa un hombre de relativa juventud, enfrentado, más o menos eróticamente, a un muchacho que no cumple todavía la quincena (la "Cholita" de Puerto Edén fue, en realidad, "cholito"). La ambigua inclinación alcanza diversos grados en cada una de esas obras, pero la cuestión fundamental es la misma. La unidad afectiva Deusto-Aceitunita puede considerarse, sin duda, la de más intensa y compleja construcción, sobre todo si se la entiende expresiva, agudamente expresiva, de ansias filiales y paternales mutiladas y contrahechas, tal como en el caso del propio D'Halmar.

Pero es Zahir, en cambio, una de las caracterizaciones más inolvidables del escritor, por su lozanía, pícara frescura, inulta sensibilidad poética y, especialmente, por su tierna abnegación. El pequeño egipcio va adquiriendo a lo largo de las páginas los trazos de una figura bullente de vida, retozona y sentimental. En contraste, la perseguida exquisitez de su Sidi, de D'Halmar, va haciéndose cada vez más repelente, pues nunca el garrido señor deja de revelar fría complacencia de amo bien atendido y halagado, de hombre que suscita amor y se vale de ese amor sólo para hilvanar refinadas reflexiones. Ególatra, solitario, fabricante de marmóreos ensueños, vertidos en voluptuo-

so fraseo, pareciera que D'Halmar no encontró allí otra cosa que la satisfacción de su sed exotista y de sus afanes de artífice verbal.

Sin embargo, se trata sólo de una pariencia, brotada, a nuestro juicio, de la necesidad de encubrir, con púdicos velos, el íntimo e inconfesable trasfondo. Así lo demuestra claramente la reiteración del tópico en los libros ya indicados.

Las aficiones mitómanas de D'Halmar, así como el superficial escapismo que cruza la casi totalidad de su obra son también elementos que carecen aún de explicación convincente. Se ha hablado de algunas lecturas decisivas: Tolstoy, Loti, Maeterlinck, Andersen, etc. Quizás. Lo externo y superficial refleja siempre una esencia profunda, directa o indirectamente. En este caso la refleja inclusive, porque la disfraza, o pretende disfrazarla. Las lecturas podrán enriquecer y desarrollar un contenido, pero no procrearlo al margen de la experiencia personal.

¿La bastardía, entonces? ¿Los convencionalismos, el ingrato medio familiar? ¿Arribismo pequeño-burqués con pretensiones de élite? ¿O la ascendencia nórdica, como dicen otros en pueril psicologismo racial?

Las interrogantes subsisten sin duda. Y ha venido a replantearlas, a diez años de la muerte de D'Halmar, esta nueva edición de "La sombra del humo en el espejo", una de las mejores obras, al fin y al cabo, de uno de los más grandes escritores chilenos de este siglo.

YERKO MORETIĆ.

*

Proceso, de JUAN SÁNCHEZ GUERRERO
Editorial Universitaria, 1960

TAL COMO esos libros de testimonio, acusadores de una realidad viva y cercana, "Proceso" conjuga diversos elementos insólitos en una obra literaria cualquiera.

Su autor se encuentra en la cárcel desde hace más de seis años, condenado a quince, por homicidio. El crimen cometido estuvo rodeado de circunstancias atenuantes, según el punto de vista legal. Juan Sánchez, huérfano muy pequeño de padres proletarios, aprendió a leer y escribir solo después de los veinte años de edad. El hecho de que se haya transformado en escritor ha contribuido, junto con los otros factores, a generar un movimiento de intelectuales en favor de su libertad.